

EL TEATRO

DIRECTOR
JOSÉ DEL PEROJO

PUBLICACIÓN MENSUAL

ADMINISTRACIÓN
57, SANTA ENGRACIA 57



LUZ GARCIA SENRA, PRIMERA TIPLA DEL TEATRO CÓMICO
Fot. Gombau

EL TEATRO

Núm. 48

Abril 1904



SR. ALLEN PERKINS, DEL TEATRO DE LA ZARZUELA, EN «BOHEMIOS»

Fot Gombau



CRONICA GENERAL

AUNQUE María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza tienen bien acreditado su celo en pró del decoro de la escena y demostrado su desprendimiento rayano del derroche, para representar las obras con lujo nunca visto en nuestros teatros, ambos artistas ansiaban, sin duda, hacer un mayor alarde de suntuosidad y magnificencia.

A realizar este propósito les ayudó, con plausible modestia, Jacinto Benavente. Y digo que con modestia, porque no podía ocultársele á un espíritu tan perspicaz y agudo como el del autor de *El dragón de fuego*, que su feliz ingenio iba á quedar en la representación de este drama, como sepultado bajo el montón de sedas, cachemiras, plumajes, paramentos y bordaduras con que María y Fernando trataban—como lo consiguieron—de deslumbrar al público.

Cierto; jamás se ha visto, ni aún en los famosos bailes de espectáculo titulados *Flamma*, *Brahama*, *Satanela*, lujo ni remotamente parecido al desplegado en la representación de *El dragón de fuego*: decorado artístico y de asombrosa propiedad, uniformes copiados con minuciosa exactitud de figurines auténticos del ejército inglés, soberbias vestiduras orientales, penachos de finísimas y extrañas plumas, joyeles de rica pedrería, muebles de exquisita elegancia...

En todo lo que se refiere al *abrezzo* y *mise en scene*, los elogios de cuantos han visto la última obra de Benavente han sido unánimes. Si en lo referente á otras direcciones de la cultura patria hubiese hombres que acometieran grandes empresas con el talento, la actividad y la constancia con que Díaz de Mendoza y María Guerrero han emprendido la tarea de ennoblecer y levantar la escena española, otra muy distinta de la que ahora es sería la suerte de nuestro decaído país.

Lástima que *El dragón de fuego* no estuviese ni al nivel de la parte material de la representación, ni á la altura del ingenio del autor.

En primer lugar, el pensamiento capital de la obra tiene poco interés teatral. Las maniobras y pérfidas intrigas de una nación poderosa para hacerse dueña y señora de un país semisalvaje, constituyen sin duda un importante problema histórico; pero no tienen, quizás por su misma amplitud, aquel carácter *individual* que exigen los argumentos dramáticos. La lucha, v. gr., de Argivos y Troyanos sirvió de asunto á una gran epopeya; pero cuando los trágicos griegos, inspirándose en *La Iliada* escribieron sus tragedias, buscaron sus asun-

tos no en la lucha cantada por Homero, sino en los quebrantos que á las familias ó á los individuos trajo la guerra.

Por otra parte, todos los pueblos colonizadores han cometido más horrores y atropellos que los que Benavente atribuye á los silandeses en la conquista del Nirvan. España, que mira como glorias inmarcesibles las conquistas de Méjico, del Perú y, en general, de América, ¿cómo ha de conmoverse con las malandanzas del rey Danisar, mucho menos desventurado que Guatimozin ó Atahualpa?

Sea por estas ó por otras razones, es lo cierto que al público le tuvieron sin cuidado las desdichas de los nirvaneses.

El drama además es monótono. El personaje principal, Danisar, es una especie de Heráclito que se pasa la vida filosofando tristemente; hasta cuando vá á cazar llora sobre la suerte de las tigres *viudas* y de los tigreillos *huérfanos*. A este pobre Danisar, que no obstante haber asesinado á uno de sus hermanos, nos resulta luego un infeliz, tiernísimo con el otro hermano que le queda, Duraní, también llorón y triste como él solo, le insultan y faltan cuantos le rodean; su mujer, que tan pronto parece amar á su marido como odiarle; su suegro, nirvanés fanático y feroz; un sacerdote que no cesa de hacer picardías y traiciones; un bufón que dice mil perrerías á su rey; los jefes y los soldados silandeses que le destronan y cautivan y hasta los parias del Nirvan que contra él se revuelven y á poco más le asesinan.

Todo esto hállase diluido en una serie de cuadros, nueve, que distraen de continuo la atención del espectador apartándola de la acción dramática y fijándola en el subir y bajar de telones, en el desfile de comparsas, en la variedad de trajes y adornos.

En suma, *El dragón de fuego* está quizá más cerca de la pantomima que del drama, propiamente dicho. No faltan, claro es, en la última obra de Benavente, pensamientos profundos, frases felices, rasgos de ingenio y situaciones dramáticas; pero todo ello viene á ser como molduras y adornos primorosos en un edificio destartalado.

*
*
*

Terminadas las representaciones de *El dragón de fuego*, asistimos, también en el Español, al estreno de la comedia de Linares Astray, titulada *María Victoria*. No necesitaba esta obra para ser muy del agrado del público ser estrenada en la noche del beneficio de Mendoza. Desde las primeras escenas se echó de ver que «la comedia entraba sin dificul-

tad en el público» ó que el público entraba en la comedia. Al terminar el primer acto ya tuvo que presentarse el Sr. Linares á recibir los aplausos de la concurrencia.

No es ni muy nuevo ni tampoco muy complicado el argumento de *María Victoria*. Algo recuerda el de *Consuelo*, aunque el carácter de la protagonista de Ayala difiere mucho de la creada por Linares.

María Victoria es una joven de la alta sociedad, que habiendo quedado huérfana, ha sido recogida y amparada, en compañía de un hermano suyo, por sus tíos los marqueses de Monte Claro. Estos marqueses están más tronados que arpa vieja y viven de la trampa y del sable. El protector de la familia es amante de la marquesa; el hermano de María Victoria es un perdido que sólo se preocupa de buscar dinero para sostener sus vicios.

Tan corrompido medio no ha podido destruir las buenas cualidades de María Victoria. Ocho años hace que la interesante joven tiene relaciones con un guapo y aristocrático mozo, Juan, conde de Sierra Quebrada. Pero es el caso que Juan no tiene más medio de vida que su sueldo de tercer secretario de embajada.—«¿Cómo quieres—le dice á su novia—que nos casemos con dos mil reales al mes?» María Victoria está dispuesta á vivir con estrechez; pero el conde no es de la misma opinión. Entonces María Victoria decide casarse con cierto banquero millonario que de tiempo atrás viene solicitando su mano.

Pasan algunos años. María Victoria no es feliz, detesta á su marido que por su parte hace todo lo posible para que su mujer le odie, y sigue amando, aunque sin dar á conocer su amor, al secretario de embajada. Al final del segundo acto hay una hermosa escena, la mejor de la comedia, en la cual los ex novios se dirijen frases mortificantes, se hacen cargos, se hieren con acerados sarcasmos, pero al través de tan sañuda hostilidad descubren el amor que sienten el uno por el otro.

Y este amor está á punto de triunfar en el acto

tercero; pero cuando María Victoria vá á caer en los brazos del conde, recobra toda su honrada entereza, le rechaza y rompe para siempre con él, reconociendo que la tranquilidad de la conciencia vale más que la felicidad del deseo satisfecho.

Aparte del mérito real de esta comedia, construida con habilidad y dialogada con ingenio, quizás con demasiado ingenio, hay otras razones que explican el éxito franco que obtuvo la noche del estreno, éxito confirmado en las representaciones sucesivas. Y es natural que la obra triunfase. El juicio del público en el teatro no lo forman ni los espíritus superiores ni la masa ignorante, el criterio que domina allí es el que nace del promedio de cultura de los espectadores. El público moderno rechazaría á Eguilaz, pero no acepta aun á Ibsen: está en Lavedan y Capús. Linares Rivas ha tenido el buen acuerdo, ya sea reflexiva ó inconscientemente, de colocarse en ese nivel del promedio del público. El pensamiento de su comedia no traspasa los límites de lo corriente; en los caracteres nó hay complejidad psico'ógica; su lenguaje más que reflejo de intimidaciones de conciencia es un continuo alarde de agudeza de ingenio... Con tales elementos basta para que un público, en su mayoría superficial y un tanto distraído, pase un par de horas agradables. Conseguir esto no es conseguir poco. Siempre es prueba de talento saber interpretar el sentir y pensar de una sociedad determinada, y ningún artista necesita tanto

como el autor dramático de esa especie de talento.

En resumen, Linares Astray no se ha propuesto en *María Victoria* hacer una obra de tesis, no ha querido tampoco apartarse del camino trillado: su propósito ha sido entretener al público. Lo ha conseguido y no debe escatimársele el aplauso.

Ojalá hubiera muchos autores como él, que sin intentos de acometer lo que no pueden llevar á cabo, se contentasen, como Linares, con deleitar culta y discretamente á los espectadores.

ZEDA



D GABRIEL SANCHEZ DE CASTILLA
POPULAR ACTOR CÓMICO, FÁLLECIDO EN MADRID EL 12 DEL ACTUAL
Fot. Compañ



Mlle. DORIS CHARNEY, LA «MUÑECA ELÉCTRICA», QUE CON TANTO ÉXITO HA TRABAJADO EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA
Fot. Anthony's



UNA ESCENA DEL TERCER ACTO — DANI-SAR, Sr. Díaz de Mendoza—MANNI, Sra. Guerrero—SITA, Srta. Colorado Fot. Campúa

EL DRAGON DE FUEGO

OBRA EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO,
DIVIDIDOS EN NUEVE CUADROS, ORIGINAL DE
D. JACINTO BENAVENTE,
ESTRENADA EN EL TEATRO ESPAÑOL

EL teatro de Benavente, que en buen hora y con buen acuerdo ha comenzado á coleccionar un editor discreto y conocedor de sus intereses, es, sin disputa, el más digno de estudio de cuantos pueden ofrecer á la consideración del crítico los autores españoles contemporáneos. De todos estos, Jacinto Benavente es, sin duda alguna, el que más pronto y con mayor relieve logró destacar una personalidad propia. Creó ya en su segunda obra escénica un género especial, enteramente suyo y difícilísimo de abordar por quien no tuviera su finura de ingenio y la ductilidad de espíritu, y á ser otro, á seguir la costumbre, por ese camino hubiese marchado siempre, mejor dicho, en ese punto se hubiera detenido como incapacitado para seguir marchando. Lejos de hacerlo así, en sus obras posteriores ha tanteado todos los caminos y sin que falte en ninguna de ellas el sello de su personalidad, nadie habrá que tenga por igualmente benaventianas, entendiéndolo puramente tales las de la primera manera, todas las obras que después de *Gente conocida* y *La comida de las fieras* ha escrito nuestro autor.

No hay modo, examinando cualquiera de esas dos obras, de un lado y de otro, *Sacrificios* ó *Alma triunfante*, de considerar que la filiación de ellas es idéntica: no hay entre unas y otras el menor lazo de semejanza, parecen engendradas por cerebros no ya distintos sino antagónicos, y el señor Benavente, al escribirlas, demostró, ante todo y sobre todo, que su compleción literaria es lo bas-



DAULÁ, Sr. Rivero
Fot. Gombau



TANSHÍ, Sr. Juste
Fot. Gombau